

# **El régimen de economía del visitante. Visiones de Panamá, Las Bahamas y República Dominicana**

Marina Reyes Franco

**RESUMEN:** La presentación discute el impacto cultural del turismo y la construcción de ideas de paraíso en lo que respecta al arte, exhibiciones, los impuestos, los bienes raíces y la vida de artistas y otros productores culturales en el Caribe, a partir de visitas a Trinidad, Panamá, Las Bahamas, Jamaica y la República Dominicana, y la experiencia de vivir y trabajar en Puerto Rico durante un período de crisis económica y ambiental. Algunos de los temas discutidos son el régimen de economía del visitante, la resignificación de los espacios posmilitares para el consumo público, el hotel como espacio social, los conceptos de paraíso y paraíso fiscal y algunas micropolíticas de resistencia en la región.

---

Reyes Franco, Marina. (2018). "El régimen de economía del visitante. Visiones de Panamá, Las Bahamas y República Dominicana". AV Investigación 9-2018, Revista Académica del CINAV-ESAY, pp. 83-88.

> Presentado en el coloquio de artes visuales Estéticas del turismo, 19-20 de abril de 2018.

La investigación a la que me he abocado durante los últimos años ahonda en los efectos del turismo en los artistas y las producciones culturales, y cómo se proyectan las características y diferencias culturales dentro de la nueva relación colonial que encarna la industria del turismo en el Caribe. A través de varios viajes por la región —específicamente Trinidad, Panamá, Las Bahamas, Jamaica y la República Dominicana hasta el momento— investigo las ideas de paraíso y paraíso fiscal, y la coincidencia geográfica de estos conceptos. Pregunto quien construye el paraíso como concepto y quien lo consume más, y quién es mejor servido por ello. El proceso que comenzó con la colonización de las Américas y las imágenes que circularon a través de pinturas, grabados y eventualmente fotografías, proyecciones de linterna mágica y películas se complementa con la industria turística contemporánea y una producción visual que literalmente vende el Caribe. Los países que visité en los pasados meses han tenido historias marcadas por los efectos de las economías de plantación establecidas por la colonización, la esclavitud y la servidumbre por contrato, la ocupación militar, las luchas independentistas, la industrialización por invitación, con gran dependencia en las importaciones, esquemas de banca offshore y el turismo.

La primera vez que escuché el término “economía del visitante” fue en 2014 cuando regresé a Puerto Rico a mi propio tipo de choque cultural después de vivir en Argentina durante 6 años. Volví a vivir en el Viejo San Juan, la ciudad colonial donde crecí, en 2014, pero esta vez el lugar tenía la apariencia de un Airbnb al aire libre, parte hotel boutique, parte pesadilla de pasajeros de crucero, tiendas de souvenirs y outlets. No hace falta decir que estaba muy molesta. La “economía del visitante” es un término que se utiliza principalmente en los sectores turísticos británicos o australianos para denotar la actividad económica -bienes consumidos

y servicios prestados- por personas que visitan un lugar. Este tipo de economía tiene en cuenta una amplia variedad de actividades turísticas: médicas, educativas, comerciales, agrícolas, ecológicas, religiosas, deportivas, literarias, musicales, culturales y artísticas, así como personas que poseen segundas casas o deciden retirarse allí. El término impregna prácticamente todos los aspectos de la vida, en efecto transformando la sociedad para servir al visitante. Los hospitales pueden ser destinos de turismo médico y los sistemas universitarios atraer a estudiantes extranjeros que pagan más que los locales. Las artes hacen de un lugar un “gran destino”, creando un performance permanente de cultura y nacionalidad en el que se fomenta el espectáculo y se descuida en gran medida la sostenibilidad a largo plazo de la comunidad artística y se explotan los recursos naturales que originalmente hicieron del destino un lugar paradisiaco a los ojos del visitante. El complejo ejercicio de vernos constantemente a nosotros mismos como lo que pensamos que otros nos perciben es enloquecedor.

A propósito de esto, quisiera discutir brevemente tres casos observados durante mis viajes, en Panamá, Las Bahamas y la República Dominicana:

Según Darién Montañez, Panamá es un caso de estudio ideal para el desarrollo atrofiado de un estado nación. En su arquitectura, Montañez identifica el Feoclásico (Feoclassical) como el estilo reinante de la clase aspirante a dinero en la Ciudad de Panamá. Las torres de vidrio con decoraciones adornadas con nombres como The Mirage, Bellagio Tower, Venetian Tower se alinean en el paisaje urbano. Para una disección adecuada del Feoclásico, es mejor leer la palabra del arquitecto en uno de sus muchos blogs, o hacer lo que hice y visitar los edificios más deliciosamente chillones de la ciudad de Panamá con él. “Un espectro está inquietando a Panamá, el espectro del Feoclasicismo. ¿De dónde surge esta glorificación del mal gusto, malo tanto en defectuoso

como en el mal, pero tan malo que se acerca a la grandeza? “Cualquiera que trate de entender el Panamá contemporáneo necesita leer Montañez ‘La Arquitectura Feoclassical de Panamá. Su ensayo da un contexto histórico y teórico al género Feoclásico, “que los buenos snobs encuentran tan repulsivo” y lo elogia “como una expresión clara de nuestra cultura y espíritu nacional”.

Cada año, Montañez les pide a sus estudiantes de arquitectura que dibujen su edificio favorito y cada año, la torre Trump Ocean Club gana. Esta ciudad, que literalmente se está construyendo en el Océano Pacífico a través de extensiones como Punta Pacífica y Punta Paitilla, ahora incluso está desarrollando sus propias islas artificiales para residencias de lujo, llamadas Ocean Reef Islands. Su trabajo es extenso y abarca desde numerosas cuentas de Tumblr que documentan la arquitectura de la ciudad y sus escándalos inherentes, así como video, fotografía, escritura e incluso pintura de acuarela, en un intento de producir un objeto. Sus videos *Dark Side of the Moon Side 1* y *Side 2* son particularmente pertinentes para mi investigación. Los videos yuxtaponen dos campañas de turismo, “My Name is Panama” de 1983, y “Panama, The Way” de 2013, invirtiendo el audio. El resultado es una representación ficticia de Panamá, que promete paisajes exóticos puros y pueblos indígenas, mientras que el otro es el lugar seguro de la torre de cristal para las élites adineradas que lavan dinero a través de inversiones en las bienes raíces del país.

En *An Eye for the Tropics*, la historiadora del arte Krista A. Thompson explica que las imágenes de Jamaica y Las Bahamas como paraísos tropicales llenos de palmeras, playas de arena blanca y aguas cálidas parecen atemporales y naturales, pero sus orígenes se remontan a las raíces de la industria turística de las islas en la década de 1880. Durante ese período, los promotores turísticos respaldados por los administradores coloniales británicos y los

intereses empresariales estadounidenses comenzaron a comercializar Jamaica y las Bahamas como el lugar de origen de sus deseadas frutas y pintorescos destinos turísticos. Contrataron a fotógrafos y artistas para crear representaciones cuidadosamente diseñadas, que luego circularon internacionalmente a través de postales, guías ilustradas e incluso conferencias de “linterna mágica” dadas por fotógrafos que crearon las imágenes y narrativas para satisfacer intereses comerciales específicos. Corporaciones como la United Fruit Company usaban sus barcos de la “Great White Fleet” para transportar guineos de Jamaica, el “banana boat” original, pero también transportaban turistas. Hoteles icónicos como el Myrtle Bank Hotel en Kingston y el Colonial Hotel en Nassau sirvieron como espacios de poder racializados.

El hotel o resort es un tema que surgiría una y otra vez durante mis viajes. Fui a muchos hoteles durante mi visita a Las Bahamas y algunos de ellos, me sorprendió descubrir, también pretenden ser espacios culturales públicos. Las Bahamas son islas de piedra caliza, no volcánicas como la gran mayoría de las islas del Caribe. Esto condicionó su flora original, pero su paisaje fue posteriormente alterado para adaptarse mejor a las narrativas tropicales y las expectativas de los turistas de principios del siglo XX, quien llegaron más intensamente después de la Segunda Guerra Mundial. Las postales, conferencias y anuncios turísticos sirvieron para convertir lo que solía ser visto como una región antihigiénica y plagada de enfermedades en un lugar paradisíaco cuyo clima y agua salada era bueno para la salud. Esta desinfección del Caribe para el consumo turístico abarca aspectos arquitectónicos, de salud pública y planificación urbana, así como relaciones públicas y estrategias de medios. Eventualmente, las playas se privatizaron para mantener alejados a los “nativos”, se instalaron piscinas y se creó el complejo todo incluido.

Una de las principales razones para ir a Las Bahamas fue visitar “Revisiting An Eye For The Tropics”, una exposición curada por Natalie Willis y Richardo Barrett, en la Galería Nacional de Arte de Las Bahamas (NAGB). La exhibición presentaba piezas de la colección de la galería nacional y otras colecciones privadas, examinando el trabajo de más de 20 artistas con la intención de mostrar “una mirada a cómo nuestra representación visual como nación a lo largo de la historia ha sido moldeada como resultado de los deseos turísticos de la época colonial.”

La selección de obras en la exposición no se hizo necesariamente por su belleza exterior, sino por las preguntas que surgen de sus títulos, el origen nacional de algunos de los artistas viajeros, el hecho de que las obras pertenecen a una colección nacional y cómo llegó a ser parte de ella; algunas piezas fueron donados por instituciones financieras que tenían interés en que se de la vida en Las Bahamas fuera representada de una manera en específico en tales pinturas. La exposición no solo trata de la mirada del colonizador, sino que también profundiza en el impacto que tuvo su perspectiva en los artistas contemporáneos. ¿Qué dice el arte sobre un lugar, sobre las personas que lo hacen, lo coleccionan y eligen asociarlo a una identidad nacional? Entre los artistas incluidos, se encuentran Brent Malone, Antonius Roberts, Blue Curry, Max Taylor y el fantástico artista intuitivo Amos Ferguson. La fotografía de estudio de Sanford Sawyer de los años 70 que representa a los bahamenses de “Over the Hill” (comunidad de la clase trabajadora de Nassau) en el periodo inmediatamente antes y después de la independencia del país en 1973. El trabajo de Dionne Benjamin-Smith se destaca como una crítica sobre las formas aceptadas de representación en el arte bahameño. Su trabajo consiste en grabados digitales de escenas reconocibles de Las Bahamas: paisajes marinos y casas pintorescas con árboles y flores que

salen por encima de los muros de los patios hacia las calles vacías de Nassau. Las impresiones luego fueron intervenidas digitalmente con textos como “este es el verdadero arte de las Bahamas”, “no requiere explicación” o “aquí no hay arte abstracto.”

Las Bahamas se percibe a través de su papel en la economía turística mundial y el imaginario de la isla paradisíaca y los complejos hoteleros que buscan capturar las fantasías de las personas. Atlantis es el paradigma de la experiencia inmersiva de estar y no estar allí. Situado en Paradise Island, una isla privada anteriormente conocida como Hog Island, el complejo controla alrededor del 75% de la tierra. Atlantis se estableció a mediados de la década de 1990, con la fantástica historia del redescubrimiento de la civilización perdida en las Bahamas transmitida a través de la arquitectura y las atracciones del complejo de una manera que es más de Las Vegas que del Caribe. El principal atractivo para el público que no paga es el acuario, un túnel que le permite caminar entre las criaturas marinas y los trajes fantásticos y la decoración de la “verdadera” Atlántida. Esta atracción parece completar la fantasía explorada en los primeros días del turismo con botes con fondo de cristal o cápsulas submarinas.

Mientras tanto, en New Providence, la isla principal de Las Bahamas, está Baha Mar, un complejo turístico compuesto por 3 hoteles separados en el mismo “campus”, un centro de convenciones y un campo de golf. Es el complejo más grande y, en \$ 3.5 billones, el más caro en el Caribe. La historia de Baha Mar es larga y muy interesante: comenzó en 2005 con el inversor local Sarkis Izmirian, que alcanzó un acuerdo con el gobierno para revitalizar Cable Beach, el destino frente a la playa más popular de New Providence. La crisis financiera hizo que otros inversores se fueran, pero los chinos intervinieron y proporcionaron trabajo de construcción y dinero para financiar el proyecto. Después de que una quiebra dejara el proyecto en el aire, el centro

vacacional finalmente se inauguró el año pasado y el plan original de hacer que el arte bahamesa ocupe un lugar central en el proyecto continuó. The Current está ubicado dentro del campus de Baha Mar y se describe a sí mismo como “un centro para experiencias culturales atractivas en las Bahamas”. Un centro para reconocer y apoyar a una fuerte comunidad creativa a través de cautivantes exhibiciones, talleres y conferencias, residencias de artistas y asociaciones con coleccionistas locales. “The Current está técnicamente bajo el departamento de marketing del resort y tiene la tarea de encargarse de nuevas obras para el hotel habitaciones y espacios comunes. La colección es la más grande del país: más de 2,500 piezas en las habitaciones, restaurantes y espacios comunes alrededor del complejo. El director creativo de Baha Mar, John Cox, artista y ex curador en jefe de la Galería Nacional de Arte de Las Bahamas, lidera este esfuerzo. La corriente tiene múltiples objetivos, desde comerciales hasta educativos. Se llevarán a cabo exposiciones que exploran la profundidad de la creatividad visual de las Bahamas y la historia a través de sus asociaciones con colecciones privadas y públicas, así como continuar con el programa de residencia de artistas, sesiones de dibujo y críticas abiertas sobre la obra de artistas interesados.

En la República Dominicana también hay un complejo hotelero y de residencias lujosas que tiene una estrecha relación con el arte en el país. Fundada a principios de los años 80 como un centro de arte y artesanías centrado en la cerámica, serigrafía, y el tejido, ahora La Escuela de Diseño Altos de Chavón tiene un programa de bellas artes de dos años y una escuela de cine curiosamente ubicada dentro de un complejo turístico llamado Casa de Campo, en la provincia de La Romana. Altos de Chavón también es el nombre de la imitación de villa italiana del siglo 16 que sirve de “vecindario” aledaño a la escuela de diseño, y que algunos guías turísticos hacen pasar por auténtico.

El programa de residencias para artistas internacionales de la empresa Davidoff también es un invitado de la escuela y tiene un edificio dedicado para los estudios de los artistas. Los artistas invitados y los curadores se relacionan periódicamente con los estudiantes en las sesiones de crítica y presentaciones de trabajo propio. La residencia es posiblemente una de las más raras del mundo, puesto que los artistas están trabajando dentro de la burbuja de un country club. Aunque pocos de los dominicanos que asisten a esta escuela pagan por sus estudios, si se requiere una dedicación total de tiempo y vivir en los dormitorios dentro del complejo. Este relativo aislamiento o inmersión total en la creación de arte también implica someterse a los chequeos de seguridad y pruebas de drogas de la empresa dueña de Casa de Campo —de paso, dueños del aeropuerto internacional regional, y la central azucarera aledaña. Es imposible no verse afectado por el entorno de fantasía y la industria del turismo que los rodea, particularmente cuando la gran mayoría de los estudiantes son becados. Desde campos de azúcar hasta campos de golf, desde la República Dominicana hasta el pueblo italiano habitado por ricos dominicanos y extranjeros, este lugar es fascinante, falso, naturalmente bello y simplemente extraño.

La otra escuela de arte en el país, la Escuela Nacional de Artes Visuales, también se encuentra en el corazón del tráfico turístico en la Zona Colonial de Santo Domingo. Pareciera que la influencia entre la escuela y los tiendas de souvenir es muy fluida, puesto que las referencias a maestros del arte dominicano está presente en figuras y pinturas que se venden en las calles y tiendas de la Zona. Artistas como Cándido Bidó o Antonio Prats Ventós se claras referencias estilísticas de las piezas que se venden a precios accesibles en el mercado turístico. Otra referencia constante es el llamado “arte taíno” —una alusión a la autenticidad de su origen, evidencia de las políticas racistas que el

estado dictatorial de Rafael Trujillo implantó en el pasado para diferenciarse de los “negros” de Haití. Dibujos “taínos” se aplican libremente a pinturas que se venden en la playa y en la calle. Aunque las formas que se plasman poco tienen que ver con los petroglifos Taínos que se han encontrado a través del Caribe, satisfacen la necesidad de presentar una versión de la identidad dominicana más agradable para el propio dominicano. Las “esculturas taínas” que comenzaron como un intento de vender falsas piezas arqueológicas, ahora ocupan un lugar entre las artesanías que se venden tanto en sitios oficiales como al costado de la carretera.

Los espacios de arte independientes en toda la región están haciendo todo lo posible para contrarrestar estas narrativas del turismo. En una reciente visita a la Zona Colonial en Santo Domingo pude ver una obra que es un ejemplo de esto. La pieza *Redecode: a tropical theme is a great way to create a fresh, peaceful, relaxing atmosphere* (2015) de Joiri Minaya, una artista dominicana residente en Nueva York, en la galería Casa Quien. Utilizando como punto de partida empapelados con títulos como “Brazilliance” y “Martinique Banana Leaf” que se popularizaron a mitad del siglo XX, no casualmente uno de los puntos más álgidos en la intervención norteamericana en Latinoamérica. Minaya frustra el deseo de ver la imagen completa al pixelar la imagen de las hojas a la vez que emula el camuflaje contemporáneo de las guerras actuales. Los píxeles están incrustados con códigos QR que se leen con el celular y, WiFi mediante, remite hacia sitios web con imágenes que han informado la construcción del imaginario tropical. Estos productos culturales “tropicales” apelan a su exotismo, ya sean objetos u obras de arte que históricamente han explotado su alteridad sin contemplar el entorno de dónde provienen o quién los ideó. Hay varias similitudes y tendencias observadas en estos viajes a través de la región de cómo construimos visiones alternas de

nuestro entorno y ser. Algunas estrategias e intereses que he podido identificar son la apropiación de material visual para subvertir su significado, el rechazo de la imagen del país como paraíso a través del uso de la ironía y el humor, intentos de análisis de pasados esfuerzos de fomentar la colaboración regional, y un genuino interés en el trabajo artesanal y el conocimiento local. A pesar de las complejidades de los mundos de arte locales, éstos en su mayoría presentan una visión de mundo menos conservadora y limitante que las sociedades en que existen y el arte provee un camino para visualmente enfrentarnos a las imágenes que se nos han impuesto.